



de los extranjeros á los empleos, la exportación de la moneda y el aumento de las contribuciones, fueron los principales agravios que expusieron, y cuya reparacion pidieron con el aliento natural á un pueblo libre. Se entregaron estas súplicas, primero en Zaragoza, y se renovaron despues en Barcelona; pero Carlos no las atendió mucho, segun parece; sin embargo, la liga de estas ciudades fué el principio de aquella célebre union de los *Comuneros* de Castilla, union que sumergió poco despues á todo el reino en la mayor confusion, estremeció el trono y estuvo á pique de destruir la misma Constitucion.

No habia mucho de la llegada de Carlos á Barcelona, cuando recibió la noticia de un suceso que le interesaba más que las quejas de los castellanos y los escrúpulos de las Cortes de Cataluña: era la muerte del emperador Maximiliano. Ella no encerraba en sí nada de muy importante; porque Maximiliano no era recomendable, ni por sus virtudes, ni por su poder, ni por su capacidad; pero degeneró por sus consecuencias en uno de los acontecimientos más memorables de la historia moderna: rompió aquella paz universal y profunda que reinaba en el mundo cristiano; excitó entre dos príncipes una rivalidad que revolvió á toda Europa, y encendió en ella guerras más generales y duraderas como no se habian visto desde la república romana.

Las revoluciones ocasionadas por la expedición del rey de Francia, Carlos VIII, á Italia, habian inspirado á los príncipes de Europa nuevos pensamientos en cuanto á la importancia de la dignidad imperial. El jefe de ésta mantenía muchas pretensiones acerca de algunos estados de Italia, y una jurisdicción amplísima tocante á algunos otros: es verdad que príncipes de pocos talentos é influjo habian casi abandonado estas pretensiones y ejercido raras veces esta jurisdicción; pero se conocia bien que un emperador de poder y de ingenio serviría de ellas felizmente para dilatar su dominio sobre la mayor parte de Italia. El mismo Maximiliano, por indolente é incierta que haya sido siempre su conducta, habia sabido aprovecharse de todas las guerras y negocia-

ciones de Italia durante su reinado. Además, la preeminencia reconocida del jefe del imperio sobre los príncipes cristianos, los derechos inherentes á esta dignidad, y que podian parar en muy considerables en manos de un príncipe que supiera hacerlos valer con habilidad; todo concurría á convertir más que nunca la corona imperial en objeto digno de estimular la ambición y rivalidad de los soberanos.

Maximiliano habia mostrado poco antes de su muerte un ardiente deseo de perpetuar esta dignidad en la casa de Austria, y hacer nombrar al rey de España por su sucesor; mas no habiendo sido jamás coronado por el papa, ceremonia que se miraba entonces como esencial, no se le consideraba sino como emperador *electo*. Aunque los historiadores no hayan advertido esta distincion, es cierto que las chancillerías de Italia y de Alemania jamás han dado á Maximiliano otro título que el de rey de romanos; y como no se encontraba en la historia ningun ejemplar de un rey de romanos á quien en vida se hubiera nombrado sucesor, los alemanes, siempre adictos á sus formas, no quisieron conceder á Carlos un carácter para el cual no habia siquiera nombre en las constituciones del imperio, y rehusaron porfiadamente satisfacer en este punto el deseo de Maximiliano.

El fallecimiento de este emperador allanó todas las dificultades. Carlos pidió á cara descubierta este puesto, que su abuelo habia tentado en vano asegurarle con anticipacion; Francisco I salió al mismo tiempo á la palestra á disputárselo. Esta rivalidad, no ménos ruidosa por la dignidad de los concurrentes que por la importancia del galardón á que aspiraban, llamó la atención de toda Europa: ambos monarcas declararon sus pretensiones con confianza, y ambos parecian tener igual esperanza de salir con lucimiento. La casa de Austria ocupaba desde tan largo tiempo el trono imperial, que Carlos lo miraba como una herencia que le pertenecía de derecho: sabia que ningun príncipe del imperio tenia bastante poder ni valimiento para competir con él; se lisonjaba que ninguna consideracion podría mover á los alemanes á ensalzar un príncipe extranjero á



una dignidad que era su patrimonio, y señaladamente á elegir á Francisco I soberano de un pueblo cuyo carácter, gobierno y costumbres se diferenciaban tanto de las suyas, que no era posible unir sinceramente á las dos naciones. Fuera de esto, Carlos esperaba que las últimas negociaciones de Maximiliano, aunque infructuosas, habrian dispuesto á su favor el ánimo de los electores; pero lo que le infundía mayor ánimo, era la situación ventajosa de sus Estados hereditarios en Alemania, que formaban una barrera natural al imperio contra las guerras de la Puerta Otomana. Las conquistas, los talentos, y la ambición del Sultan Selim II daban entonces á toda Europa inquietud bien fundada. Con efecto, sus victorias contra los mamelucos, y la destruccion de esta valerosa milicia, incorporando á su imperio el Egipto y la Siria, habian cimentado tan sólidamente la tranquilidad interior, que Soliman se hallaba en situación de volver contra los príncipes cristianos todas sus fuerzas, á las cuales ninguna potencia habia podido resistir hasta entonces. No ocurría medio más seguro de atajar el curso de este torrente que el de oponerle un emperador, dueño de vastos dominios en el mismo país, expuesto al primer encuentro del enemigo, y que podia además resistirlo con todo el vigor de una poderosa monarquía, y con todos los tesoros de las minas del Nuevo Mundo y del comercio de los Países-Bajos.

Tales eran los medios sobre Carlos fundaba resueltamente la justicia de sus pretensiones, y todos los entendimientos rectos é ilustrados encontraron estas razones, no sólo plausibles, sino convincentes: sin embargo, no se contentó con esto para asegurar el triunfo de su derecho. Derramó dinero, se valió de todos los recursos y artificios de la negociacion, y tomó á su sueldo secretamente un cuerpo respetable de tropas, levantado por los Estados del círculo de Suabia. Ganó con regalos los votos de todos los que quisieron venderse, sacó de escrúpulos á unos, respondió á los reparos de otros, y supo con amenazas imponer respeto á los débiles.

Por otro lado, Francisco I defendió sus pretensiones con el mismo calor y constancia en

la justicia de su causa. Sus emisarios publicaban que era tiempo de probar á los príncipes de la casa de Austria que la corona imperial era electiva y no hereditaria, y que otros príncipes podian aspirar á una dignidad que su arrogancia parecia hacerles mirar como una hacienda de familia; que se necesitaba un soberano de juicio maduro y de talentos experimentados para tomar las riendas del gobierno en un país en donde las nuevas opiniones acerca de la religion arrojaban á todos los espíritus á una agitacion extraordinaria, cuyas funestas consecuencias habia que recelar; que un jóven príncipe inexperto, y sin haber dado aún ninguna muestra de capacidad militar, no se hallaba en situación de entrar en lid con un rival como Selim, encanecido en el arte de la guerra y alentado por una serie de victorias, al paso que se podia contraponer al conquistador de Asia un rey que habia triunfado desde su juventud del valor y disciplina de los suizos, mirados hasta entonces como invencibles; que el ardor é impetu de la caballería francesa, auxiliada por la disciplina y firmeza de la infantería alemana, compondrian un ejército tan formidable que, en vez de aguardar la venida de las tropas turcas, llevaría las hostilidades hasta el corazón del imperio de Selim; que la elección de Carlos era incompatible con una de las constituciones fundamentales del imperio, la cual excluía del trono imperial á todo príncipe poseedor del de Nápoles; y que además, las pretensiones de Carlos al ducado de Milan encenderían infaliblemente en Italia una guerra cuyos efectos se comunicarían pronto á la Alemania y podrían serla funestos.

Mientras que los embajadores de Francisco I hacían valer estas y otras razones del mismo jaez en todas las cortes de Alemania, este príncipe, sabedor de las preocupaciones que suscitaban contra él su calidad de extranjero y su ignorancia de la lengua y costumbres alemanas, procuró vencer estos estorbos y granjearse la benevolencia de los príncipes con dádivas inmensas y promesas más considerables todavía. Como se conocía poco entonces el recurso pronto y cómodo de remitir dinero por letras de cambio, los embajadores de Francia viaja-





ban con una comitiva de caballos cargados de oro, aparato de corrupcion poco honroso al príncipe á quien pertenecian, y vergonzoso á los que iba destinado.

Los demas príncipes de Europa no podian permanecer espectadores indiferentes de un combate cuyo éxito les tocaba tan de cerca. Su interés comun habria debido naturalmente formar entre ellos una liga general contra los dos concurrentes para impedirles adquirir al uno ó al otro un acrecentamiento de poder y de valimiento, que parecia amenazar á la libertad de Europa; pero habia tan poco tiempo que los principios acerca de la distribucion y del equilibrio del poder se habian introducido en el sistema de la política europea, que no se conocia todavía bastante su importancia. Las pasiones de algunos príncipes y la falta de prevision de otros, uniéndose al temor de ofender á los pretendientes, impidieron esta union saludable entre las potencias de Europa, y las hicieron despreciar enteramente la seguridad comun ó no las permitieron defenderla con vigor.

Aunque los cantones suizos temieran la elevacion del uno ó del otro monarca al trono del imperio, y desearan ver subir á él á algun príncipe cuyo poder y dominios fuesen ménos dilatados, sin embargo, su odio á la nacion francesa los determinó á preferir abiertamente las pretensiones del rey de España, al paso que emplearon todo su crédito en poner estorbos á las de Francisco I.

Los venecianos veian con claridad que sería su interés oponerse igualmente al triunfo de los dos candidatos; pero su envidia en cuanto á la casa de Austria, cuya vecindad y ambicion habian sido tan funestas á la grandeza de su república, no les dejó obrar segun los principios de la política, y se aceleraron á declararse en favor del rey de Francia.

Enrique VIII, que lo era de Inglaterra, tenía tanto interés y más medios todavía de impedir á Francisco ó á Carlos alcanzar una nueva dignidad, que los elevara muy por encima de los demas monarcas; mas aunque Enrique se gloriará á menudo de tener en sus manos la balanza de Europa, carecía de una atencion continuada, de la perspicacia de vista y de la fres-

cura que habria requerido esta delicada funcion. Con todo eso, sintió su vanidad tan vivamente ofendida por verse excluido de esta gloriosa lucha en que los dos competidores fijaban los ojos de toda Europa, que resolvió despachar un embajador á Alemania y ponerse en la clase de los pretendientes á la corona imperial. Este embajador fué colmado de caricias por los príncipes de Alemania y por el nuncio del papa; mas escribió bien pronto á su amo que no habia esperanza alguna de salir con una solicitud que se habia declarado demasiado tarde. Enrique, no atribuyendo sino á esta causa la inutilidad del paso que acababa de aventurar, y satisfecho con haber ostentado fastosamente su propia importancia, no participó ya desde entónces, segun parece, de esta gran contienda, ni para mover estorbos á los dos rivales, ni para favorecer á uno de ellos.

El papa Leon X, tan célebre por sus talentos políticos como por su gusto á las artes, fué el único príncipe de este siglo que observó la diligencia de los dos candidatos con cuidado verdaderamente ilustrado, y que mostró justa inquietud por la seguridad de Europa. La autoridad de los papas y la jurisdiccion imperial se atravesaban tantas veces, las quejas recprocas de usurpacion se multiplicaban tanto, y los dominios de la Iglesia dependian tan fuertemente de la debilidad de sus vecinos y tan poco de sus propias fuerzas, que nada habia más temible para la córte romana que un emperador que juntara un genio animoso á un gran poderío. Leon se estremeció de miedo al solo pensamiento de ver sentado en el trono del imperio á un rey de España y de Nápoles, dueño del Nuevo Mundo. No ménos peligro veia en dejar levantar á este elevado puesto á un rey de Francia, duque de Milan y señor de Génova; y predijo que la eleccion de uno de estos dos monarcas sería funesta á la Santa Sede, á la paz de Italia y acaso á la libertad de Europa. Para salir al encuentro sin riesgo á dos rivales tan poderosos y con tantos medios de vengarse, se necesitaba mucha prudencia y maña: Leon empleó ambas. Exhortó secretamente á los príncipes de Alemania á elegir en su cuerpo un sucesor al imperio, tanto más que muchos



de ellos merecian ocupar el trono con honor; les recordó la constitucion que excluia de él para siempre á los reyes de Nápoles. Solicitó al mismo tiempo con viveza al rey de Francia á que insistiera en su designio, no porque el papa deseara que saliera con su intento, sino porque estando persuadido de que los alemanes antepondrian al rey de España, esperaba que Francisco, agriado por el resentimiento y espíritu de emulacion, concurriria despues con toda su reputacion á hacer recaer en un tercer aspirante la diadema imperial. Si por otra parte el rey de Francia encontraba mayor facilidad en sus diligencias que la que habia motivo de creer, no dudaba Leon que Carlos, estimulado por los mismos motivos, recurriria á iguales medios de poner estorbos á Francisco I. El papa creyó poder gobernar así la envidia natural de los dos rivales con bastante arte para conseguir apartar á uno y á otro de este objeto, pero este proyecto, el único conveniente á la situacion de Leon X, fué ejecutado con tan poca destreza como habilidad habia sido concertado. Los embajadores de Francia en Alemania entretuvieron á su amo con frívolas esperanzas: el nuncio, ganado por ellos, olvidó del todo sus instrucciones, y Francisco insistió con tanto ardor y terquedad en defender sus pretensiones, que el papa vió desgraciarse todas sus medidas.

Tales eran las esperanzas de los candidatos y las miras de los diferentes príncipes interesados en el desenlace de esta contienda, cuando la dieta se abrió en Francfort, segun uso. El derecho de elegir emperador tocaba desde largo tiempo atrás á siete príncipes esclarecidos, distinguidos con el título de *electores*. Se ha explicado en otra parte el origen de su oficio, como tambien la naturaleza y amplitud de su poder. Los electores eran á la sazón Alberto de Brandebourg, arzobispo de Maguncia; Herman, conde de Wied, arzobispo de Colonia; Ricardo de Greffenklau, arzobispo de Tréveris; Luis, rey de Bohemia; Luis, conde Palatino del Rhin; Federico, duque de Sajonia, y Joaquin I, marqués de Brandebourg.

Los razonamientos especiosos de los embajadores de los dos reyes, sus solicitudes, in-

trigas y regalos no pudieron hacer olvidar á los electores la máxima fundamental sobre que creian cimentada la libertad de la constitucion imperial. Entre los miembros del cuerpo germánico, que forma una gran república compuesta de Estados casi independientes, el primer principio del patriotismo es deprimir y limitar la autoridad del emperador; y esta idea, tan conforme á la naturaleza del gobierno, es una regla de la que un político alemán no se aparta casi jamás. No se habia ensalzado al imperio durante muchos siglos ningun príncipe que gozara ya un gran poderío, ó que poseyera dominios vastos; y á esta prudente cautela muchos de las grandes familias de Alemania debian el esplendor é independencia que habian adquirido en este período de tiempo. Los electores no podian, pues, votar á uno de los dos monarcas sin quebrantar evidentemente esta máxima provechosa, sin querer dar al imperio un amo en vez de un jefe, y sin rebajarse á sí mismos de la clase de iguales á la condicion de súbditos.

Estas consideraciones determinaron á los electores á poner los ojos en Federico, duque de Sajonia, príncipe á quien sus talentos y virtudes habian merecido el dictado de prudente, y se reunieron todos para brindarle con la corona imperial. Federico no se dejó deslumbrar por el brillo de esta corona, que dos soberanos de poder bien superior al suyo buscaban de nuevo con tanto ardor. Despues de haber reflexionado algun tiempo acerca de la oferta que se le hacia, la desechó con generosidad y desinterés tan maravilloso como admirable. Conoció que nada era más contrario á la buena política que una adhesion inflexible á un principio que, excelente y atinado en muchas ocasiones, sin embargo, no se podia aplicar á todos casos. «En tiempos de tranquilidad, decia, necesitamos un emperador sin suficiente poderío para quitar algo á nuestros privilegios; pero los de peligro piden un príncipe bastante fuerte para velar por nuestra seguridad. Los ejércitos turcos se juntan al mando de un valeroso sultan, alentado por sus victorias. Están prontos á dejarse caer de improviso sobre Alemania con tal violencia, cual los siglos